LXI

AMOR ETERNO.

Allá en tierras de Leon
una viudita vivía;
esta tal tenia una hija
más guapa que ser podia.
La niña ha dado palabra
á aquel don Juan de Castilla;
la madre la tien mandada
á un mercader que venia,
que es muy rico y poderoso...
y mal se la quitaria.
El don Juan desque lo supo,
para las Indias camina:
allá estuvo siete años,
siete años menos un dia,
para ver si la olvidaba
y olvidarla non podia.
Al cabo de los siete años,
para la España venia;
y fuese la calle abajo
donde la niña vivia:
encontró puertas cerradas,
balcones de plata fina;
y arrimárase á una reja
por ver si allí la veia.
Vió una señora de luto,
toda de luto vestida:
—¿Por quién trae luto, mi prenda,
por quién trae luto, mi vida?
—Tráigolo por doña Angéla,
que á doña Angéla servia:
con los paños de la boda
enterraron á la niña.—
Fuérase para la iglesia
más triste que non podia;
encontróse al ermitaño
que toca el Ave-María.
—Dígame do está enterrada
Angéla la de mi vida.
—Doña Angéla está enterrada
frente á la Vírgen María.
—Ayúdeme á alzar la tumba,
que yo solo non podia.—
Quitaron los dos la tumba,
que es una gran maravilla,

Digitized by Google

y debajo della estaba
como el sol cuando salía;
los dientes de la su boca
cristal fino parecían. (*)
Tres veces la llamaba,
todas tres le respondía:
«Si es don Juan el que me llama,
presto me levantaría:
si es don Pedro el que me llama,
levantarme non podría.»
—Don Juan es el que te llama:
levántate, vida mía;
don Juan es el que te llama,
el que tanto te quería.—
Levantóse doña Angéla
....
y dió la mano á don Juan:
—Este há ser mi compañía,
que non me quiso olvidar
nin de muerta nin de viva.—
Tomóla don Juan en brazos,
más alegre que podía;
en un ruan la montara,
y echa andar la plaza arriba.
Encontró con el marido
galan que la pretendía:
—Deja esa rosa, don Juan;
que esa rosa era la mía.—
Armaron los dos un pleito,
un pleito de chancelía,
y echaron cartas á Roma;
non tardaron más que un día:
las cartas vienen diciendo
que don Juan lleve la niña,
que el matrimonio se acaba
echándole tierra encima.

(*) Dice una variante recogida en Goviendes (Colunga) por la Srta. Vicenta Caravia:

Metió la mano en el pecho,
sacó un puñal que traía,
para matarse con él
y echarse en su compañía.
Al tiempo de dar el golpe,
el brazo se detenía.
—¿Quién me detiene mi brazo;
quién á mí me detenía?
—Era la Vírgen, don Juan,
era la Vírgen María;
que le tienes ofrecido
un rosario cada día.
—Ahora le ofrezco dos,
si resucita la niña.—
Oyera una voz del cielo,
que estas palabras decía:
«Logra la niña, don Juan,
que para tí fué nacida.»

Digitized by Google